

PONIENDO TIERRA DE POR MEDIO

Migración forzada de colombianos
en Colombia, Ecuador y Canadá

Pilar Riaño y Marta Villa
(Editoras)

Ana María Jaramillo
Luz Amparo Sánchez
Martha Colorado
Patricia Díaz
Amantina Osorio

CORPORACION
REGION



The University of British Columbia

Medellín, septiembre de 2008

EDITA

Corporación Región

Calle 55 N° 41-10 Tel: (574) 216 68 22

Fax: (574) 239 55 44 Medellín, Colombia

coregion@region.org.co

www.region.org.co

Editoras

Pilar Riaño

Marta Villa

Coordinación editorial

Jorge Ignacio Sánchez.

Corporación Región

Diseño e impresión

Pregón Ltda.

Esta publicación tiene el apoyo de:
Centro Internacional de Investigación para el Desarrollo –CIID–
y Social Sciences and Humanities Research Council, Canadá –SSHRC–

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

Pilar Riaño-Alcalá 8

I. CONTEXTO 35

Contextos explicativos del desplazamiento interno
y del refugio de colombianos en Ecuador y Canadá
Ana María Jaramillo 37

Lo que va del desplazamiento al refugio.
Una mirada a las políticas de refugio
y desplazamiento en Colombia, Ecuador y Canadá
Marta Inés Villa 70

II TRAYECTOS Y TIPOLOGÍAS MIGRATORIAS 125

DESPLAZAMIENTO INTERNO EN COLOMBIA 127

Desplazamiento intrarregional:
entre el destierro y la inserción precaria
Ana María Jaramillo 130

El desplazamiento forzado intraurbano:
negación del derecho a la ciudad
Luz Amparo Sánchez M. 166

Las variaciones del desplazamiento interno. Una mirada comparativa de los desplazamientos intrarregional e intraurbano <i>Marta Inés Villa</i>	206
---	-----

EL REFUGIO EN ECUADOR..... 222

Las fronteras del no reconocimiento: Los colombianos en situación de refugio en Ecuador <i>Pilar Riaño y Marta Inés Villa</i>	222
---	-----

EL REFUGIO EN CANADÁ..... 279

De Colombia a Canadá: refugiados colombianos patrocinados por el gobierno canadiense <i>Amantina Osorio R.</i>	282
--	-----

Solicitantes de refugio en Canadá: trayectos, fronteras y redes <i>Gloria Patricia Díaz Barrero</i>	321
---	-----

Refugiados patrocinados por el gobierno canadiense por fuera de la frontera y solicitantes de refugio en Canadá. Una mirada comparativa <i>Pilar Riaño</i>	365
--	-----

**III TRAYECTOS DEL MIEDO,
LAS MEMORIAS Y EL SUFRIMIENTO SOCIAL** 381

Trayectos y escenarios del miedo y las memorias de las personas refugiadas y desplazadas internas <i>Pilar Riaño-Alcalá</i>	383
--	-----

Sufrimiento social y salud de las personas desplazadas y refugiadas <i>Martha Colorado López</i>	419
--	-----

III
TRAYECTOS DEL
MIEDO, LAS
MEMORIAS Y EL
SUFRIMIENTO SOCIAL

Trayectos y escenarios del miedo y las memorias de las personas refugiadas y desplazadas internas

Pilar Riaño-Alcalá¹

Introducción

Este artículo examina las maneras como la memoria del miedo está inscrita en las narrativas del desplazamiento y el exilio de un grupo de personas desplazadas internas en Colombia y de refugiados colombianos en Ecuador y Canadá. Se explora la relación entre memoria, miedo y migración forzada con miras a avanzar en un análisis de las maneras como los individuos resignifican sus experiencias y reconstruyen sus vidas en medio del desplazamiento y el cambio. Mediante un análisis de las narrativas del miedo en las experiencias de expulsión, tránsito, re-desplazamiento y llegada, se demuestra que hay una continuidad del miedo que marca la experiencia del desplazamiento, la migración y el exilio de los colombianos migrantes forzados. Éste es un miedo que resulta de sus experiencias directas con el terror, las amenazas y

1. Martha Colorado hizo la traducción de una versión preliminar de este artículo. Me apoyo en este artículo en los reportes de investigación y publicaciones previas del equipo de investigación del proyecto La Migración Forzada de Colombianos (Villa et al., 2007; Rivera et al., 2007; Riaño et al., 2007) y en los comentarios críticos, las conversaciones y sesiones de trabajo conjunto con Amparo Sánchez, Ana María Jaramillo, Marta Villa y Martha Colorado.

la muerte antes de tener que huir de sus hogares. Esta emoción es acompañada por sentimientos de inseguridad, ansiedad y esperanza, asociados con los trayectos de desplazamiento, la jornada del exilio y con los retos e incertidumbres de la llegada a un ambiente desconocido o, en el caso de los desplazados internos, de la posibilidad de un redespazamiento forzado.

El miedo —una emoción que se experimenta individualmente, se construye socialmente y se comparte culturalmente (Sánchez, Villa & Jaramillo 2002)— acompaña la jornada de la migración forzada y el cruce de fronteras. El miedo se expresa como una memoria encarnada; una conciencia sensorial del pasado que es actualizada cuando los migrantes forzados tienen que interactuar con otros (ya sea desplazados internos, refugiados, colombianos, o miembros de la sociedad receptora) y en sus interacciones directas o indirectas con el régimen de la migración forzada: el cuerpo de instituciones nacionales e internacionales, políticas y prácticas que regulan y tienen que ver con la migración forzada (Van Hear, 2000). En este contexto de cambio que viven las personas desplazadas internas y los refugiados, considero el peso que tiene el miedo en la reconstrucción de sus proyectos de vida y en la memoria social, para aportar a las conceptualizaciones sobre la experiencia de las personas desplazadas y los refugiados, al restablecimiento de sus derechos y a su incorporación en los nuevos escenarios de sociedad.

Colombia ha sobrellevado un conflicto armado multipolar y cambiante de larga duración en el cual el uso continuo de la violencia en la forma de masacres, asesinatos colectivos, atentados, secuestros, amenazas, desapariciones, reclutamiento forzado, violaciones y desplazamiento forzado inscribe el terror en el paisaje local y en la vida cotidiana. Estos actos de violencia se han convertido en un lenguaje dominante por el cual las guerrillas, los paramilitares, las fuerzas armadas y los narcotraficantes se comunican con la sociedad civil e intentan regular la vida social. Me aproximo al desplazamiento forzado como una forma de migración humana bajo la coerción y el miedo y examino las nociones y formas en que ese miedo se *hace saber*, se aprende y se *hace memoria*; es decir, cómo éste se inscribe en las narrativas del desplazamiento y el exilio de un grupo de desplazados internos en Colombia y de refugiados colombianos en Ecuador y Canadá. Pretendo explorar el

saber de las personas desplazadas y refugiadas sobre el miedo (cómo lo asimilan y cómo se construye un significado de él) y las maneras en que se negocia sentido en situaciones de desplazamiento y cambio.

Miedo, memoria y violencia

Estudios etnográficos sobre desplazamiento y refugio ilustran el proceso de largo aliento que se pone en movimiento por el desarraigo y el desplazamiento, y cómo el reasentamiento es un proceso continuo (Colson, 2003). Estos aportes, derivados del campo de los estudios de la migración forzada, se pueden profundizar cuando se examina cómo son construidos los eventos y experiencias que obligan a los individuos al desplazamiento y al exilio y cómo se les asigna un significado específico en la memoria individual y social.

Mi acercamiento a la memoria parte de lo fenomenológico y se apoya en exploraciones sobre el sentido del lugar y la memoria social (Basso; 1997; Casey, 1987; Riaño, 2006). Me aproximo a la memoria como una práctica cultural, como una forma y un sistema de acción que se relaciona con un campo de conocimiento y centro de la experiencia (Riaño, 2006). Este enfoque ubica las prácticas de la memoria dentro del dominio de la experiencia, que entiende que las memorias parten de la experiencia y ellas “de vuelta la reconfiguran” (Antze & Lambek, 1996, p. xii). En el contexto del desplazamiento y del cambio, la memoria es un eje vital; a través de ella los individuos le dan un sentido al pasado, al presente y al futuro (Malkki, 1995; Meertens, 2000). Se resaltan las vías por las cuales los desplazados y refugiados traen al presente sus memorias históricas y el efecto que la violencia y las memorias traumáticas tienen en la experiencia individual e intrasubjetiva (Riaño, 2006). La consideración de la conexión entre el miedo y la memoria histórica aporta al análisis del miedo entre los migrantes forzados, no sólo porque “nuestros miedos tienen historia” (Lechner, 2002, p. 137), sino por la manera única en que la experiencia de huir del propio hogar y encontrarse en situación de desplazamiento acarrea un proyecto individual y colectivo de redefinir la relación con el pasado. Elaboro, también, apoyándome en la conceptualización de James sobre el miedo como “...más que solamente una respuesta comportamental; es algo

anticipado, que se prefigura en la imaginación cultural y se deriva de la memoria colectiva” (James, 1997, p. 123).

Considero el miedo en sus varias formas, desde la emoción literal, individual y corporalmente sentida por una amenaza tangible, hasta las más abstractas expresiones que se evocan por sentir que no se sabe, por la desorientación, la ansiedad por la incertidumbre del presente y el futuro (Delemau, 2002; James, 1997). El eje conceptual del miedo como “un sentimiento que nace de la percepción de una amenaza real o imaginaria” (Villa et al., 2003: 13) mira hacia las maneras en las cuales el miedo reconfigura la experiencia de los desplazados y refugiados, la economía de las emociones, los sentimientos que conlleva (James, 1997), los discursos que catalogan a las personas desplazadas y refugiadas como amenazas potenciales, las respuestas sociales al miedo, y su rol como regulador específico del orden social (Lechner, 1999; Villa et al., 2003).

El miedo, además de esculpir geografías y emociones individuales y grupales, es un poderoso instrumento por medio del cual los Estados y otros actores institucionales (incluyendo los actores armados) trazan escenarios de poder para regular la vida diaria, especialmente en condiciones de terror y de violencia diseminada (Riaño, 2006). El miedo, en este contexto, se incrusta en la vida cotidiana de estas sociedades y en las relaciones entre los sujetos, los Estados, y las instituciones (Caldeira 2000; Koonings & Kruijt, 1999). El miedo se convierte, así, en algo omnipresente en la vida diaria de estas sociedades, en sus relaciones entre los sujetos, el Estado, las instituciones, particularmente aquellas asociadas con el totalitarismo y el militarismo. Esta presencia inscribe al miedo en un lugar común, como una realidad o estado sensorial crónico y permanente. Autores contemporáneos, como Appadurai (2005) han reflexionado sobre los roles del miedo y la incertidumbre en la vida social en el contexto de la globalización y post septiembre 11 del 2001. La globalización y, particularmente, los movimientos de poblaciones en gran escala a través de las fronteras, han contribuido a borrar más los límites entre la nacionalidad y el sentido de pertenencia. De acuerdo con Appadurai (2005), esto ha creado un nuevo orden de incertidumbre en la vida social, un orden que legitima respuestas de violencia extrema y terror. El miedo se convierte, así, en el terreno sobre el cual se proyec-

tan las respuestas sociales ante la incertidumbre, un régimen emocional que controla una particular economía de las emociones, y un cuerpo de respuestas sociales sobre quién es “amigo” o “enemigo”, “quién es parte de la nación”, del “nosotros”, y quién es excluido.

Mi exploración sobre el miedo y la memoria histórica en la vida de los refugiados se fundamenta en un enfoque etnográfico sobre la violencia, que se interesa en las dimensiones subjetivas de la experiencia y en las complejidades de la vida cotidiana en medio de la violencia. Este enfoque es diferente de aquel entendimiento esencialista de ella, el cual ignora cómo la violencia forma parte de los rasgos fundamentales de la vida de la gente y de sus memorias (Das 2000; Riaño, 2006; Robben & Nordstrom, 1995). La violencia y la manera como ella es experimentada en la vida diaria no puede ser reducida a los espacios de muerte y destrucción; ella tiene que ver con dimensiones humanas y socioculturales del vivir y el reconstruir (Robben & Nordstrom 1995, Warren 1993). Enfatizo la noción de *agencia* para resaltar que, independiente de la intensidad y la expansión de la violencia y la omnipresencia del régimen de miedo y terror, los seres humanos (como agentes revestidos de una capacidad de obrar, de agencia) construyen sentidos aún en medio de experiencias que pueden ser profundamente deshumanizadoras y degradantes (Riaño, 2006). Me aproximo, entonces, a las personas desplazadas en su país y a las refugiadas en el exterior como agentes sociales activos en el proceso de migración y desplazamiento; aún cuando sus dificultades están enraizadas en la restricción de su libertad y de sus posibilidades de elección, que resulta de la coerción violenta ejercida por un agente externo (Colson, 2003; Penz, 2006).

Como he argumentado en otros textos (Riaño, 2006; 2008), las historias orales de las personas desplazadas de hoy revelan profundas continuidades con las historias silenciadas de aquellos desplazados por la Violencia de los años 50 y 60,² de la misma manera que el perfil socioeconómico y étnico de las desplazadas de hoy tiene una semejanza con aquel de los campesinos, mujeres y niños, afro-colombianos e indígenas desplazados en guerras anteriores (Roldán, 2002). La guerra civil no-declarada de los años 50 representó una humillación para estos

2. La guerra conocida como “La Violencia” duró desde 1946 hasta 1965, cobró la vida de 200,000 colombianos y afectó extensas áreas del país (Roldán, 2002).

grupos quienes fueron atrapados en una confrontación política de la cual ellos no formaban parte, y luego fueron hechos responsables de las atrocidades de ese conflicto (Pecaut, 2000). Cuando los dos partidos guerreristas, liberal y conservador, negociaron un acuerdo de paz, el dolor, las pérdidas y las humillaciones fueron encubiertas bajo un velo de olvido y un llamado a la reconciliación nacional. Para la mayoría de las personas que sufrieron la pérdida de seres queridos, de sus tierras, y que fueron forzados a desplazarse, ese olvido obligado fue una carga pesada. La intensificación del conflicto armado en las dos últimas décadas del siglo XX y el actual proceso de desmovilización, paz y justicia con los grupos paramilitares (en el cual las voces de las víctimas están casi ausentes) ha marcado nuevas pérdidas y ha reabierto heridas sociales en la memoria pública (Riaño, 2008).

LOS LUGARES DE EXPULSIÓN: EL TERROR EN EL RUMOR Y EL PAISAJE

El miedo, una respuesta emocional a una amenaza tangible o percibida, se funda en la imaginación colectiva y en la memoria histórica (James, 1997; Malkki, 1995). Estas memorias, en el caso de los migrantes forzados colombianos, no están atadas a una narrativa unificada sino, más bien, dispersas, fragmentadas, en las que están en juego narrativas del pasado y las complejidades de un conflicto con una pluralidad de agentes, formas de violencia, historias locales y alianzas (Uribe, 2006). El proceso de reconstrucción de los mundos sociales de las personas desplazadas internas y refugiadas y su lucha para lograr el restablecimiento de sus derechos están, por consiguiente, estrechamente ligados al reto de construir un sentido del pasado en un contexto donde el miedo continúa siendo un recurso de una violencia intensa y que se expande a lo largo del territorio nacional (Appadurai, 2005; Jaramillo, Villa & Sánchez, 2004).

En esta sección del artículo se introducen algunos elementos que contribuyen a entender cómo el miedo opera, se aprende y se siente en los lugares de expulsión, teniendo como referente la región noroeste del departamento de Antioquia, el Urabá antioqueño. El Urabá antioqueño, una región con una historia de violencia política y un profundo conflicto por la tierra y los recursos naturales, ha padecido uno de los

más intensos procesos de desplazamiento forzado en Colombia (ver artículo de Ana M. Jaramillo en este libro). Esta es un área geoestratégica privilegiada como zona que limita con Centroamérica; rica en recursos naturales y biodiversidad (parques nacionales, selva tropical húmeda, ríos y cadenas de montañas). Urabá ha sido, además, uno de los escenarios de grandes operaciones de contrabando y de tráfico ilegal de armas y drogas de uso ilícito, así como de cultivos de coca. Históricamente, la violencia experimentada en la región fue asociada con las luchas por el control de la extracción y la explotación de recursos naturales, el proceso de modernización económica, la concentración de la propiedad de las tierras, y las diversas olas de violencia (Jaramillo, 2007). La concentración de tierra en manos de hacendados y dueños de las plantaciones de banano y, desde los años 80, de narcotraficantes y paramilitares, quienes han acudido a la estrategia de desplazar y despojar a las comunidades afro—colombianas, indígenas y campesinas de sus tierras ancestrales.

Durante nuestro trabajo de campo, las personas desplazadas internas de esta región describieron las innumerables maneras como la violencia ha marcado sus vidas, su medio ambiente y sus rutas de desplazamiento. En sus interacciones con paramilitares, guerrillas o con las fuerzas armadas estatales, han sentido los efectos del régimen de terror incrustado en su vida diaria, ante la presencia permanente de los grupos armados que, como residentes de esta región, les ha obligado a ser testigos de innumerables formas de terror y violencia. En este contexto cotidiano fuertemente armado, el miedo es continuamente actualizado a través del rumor, las amenazas y las acciones violentas directas que profundizan el clima de desconfianza que caracteriza el día a día.

María, una mujer afro-colombiana del municipio de Chigorodó, reconstruyó durante una entrevista en Medellín el clima de rumor y de amenazas que precedieron la llegada de los paramilitares en 1998, causa de su primer desplazamiento:

“Esa vereda se llama Cañón Seco, pertenece a Chigorodó y a Mutatá, entonces los soldados cuando pasaban nos decían, dízque ‘hay nosotros siquiera somos formales con ustedes pero van a llegar unos más bravos que hum...dízque pa’ que les tengan miedo’. Dízque unos

mochacabezas decían, que dizque cuando llegaran iba a ser horrible nos decían; y nosotros con ese miedo... y nosotros con ese miedo porque ellos pasaban formalitos y, verdad, cuando apareció una gente, así matando, todos bravos y llegaban de noche a las casas a tocar y que si no les habrían las puertas ellos las iban a tumbar y... en la casa mía también tocaban y tocaban a media noche, se montaban allá que era de tambo, dizque ‘ay, no hagamos tanto ruido que nos van a ver’ dizque ‘vámonos mejor’ porque yo del miedo con esta pequeña, ésta estaba conmigo ahí y estaba pequeñita y ella era con miedo pequeñita.

María recuerda cómo “eso pasó así”, con los paramilitares recorriendo sus casas tarde en la noche, tocando las puertas, esperando que les abrieran o entrando por la fuerza. María, madre cabeza de hogar con tres hijos, se escondió en la oscuridad con sus hijos y les advirtió que no se movieran o hicieran ruido mientras imploraba: ‘ay, Diosito, póngales un pensamiento que se bajen de aquí y se devuelvan y se vayan’. Durante las noches, escuchaban los tiros, los gritos, los ruegos en vano de las mujeres para que no se llevaran a sus esposos y a sus hijos; escuchaban en silencio mientras permanecían escondidos en sus casas. Cuando recuerdan los días previos a su desplazamiento, María y su hija los describen como un tiempo durante el cual siempre estaban aterrorizadas; tenían tanto miedo que, a duras penas, les daba hambre o comían; y la hija de María, vivía constantemente preocupada porque “ellos” ya vendrían y las matarían. Ocho años después del desplazamiento cuando narran esos eventos, María y su hija recuerdan las dificultades, el dolor cotidiano y las profundas emociones con las que transcurrían sus días. María, además, reflexiona sobre lo inexplicable de esa situación y la imposibilidad, aún ahora, de darle un sentido a lo que les pasó en su poblado:

“a nosotros se nos hacía raro, ‘¡ay, Dios mío! pero qué es lo que pasa pues, o ¿por qué se volvió así?’ nosotros sin saber nada, vea nosotros no sentíamos ni hambre, no cocinábamos, nosotros no comíamos, sino así, vea, de pensar...”

El miedo a la muerte se inserta en los lugares y en los movimientos de pueblos como Chigorodó y Mutatá con el incremento de la confrontación armada entre los paramilitares y la guerrilla; con el control sobre los movimientos de sus pobladores, mediante las amenazas, las

masacres y otros actos de terror. Años después de estos hechos, Ana, una mujer indígena, se unió a los miles que se habían desplazado de estos pueblos en su jornada hacia el exilio. Los hechos ocurrieron en uno de los períodos más críticos de la violencia y el desplazamiento, el 2001, un año en el que tan solo en esta región ocurrieron once desplazamientos masivos³. Durante una sesión con otras mujeres desplazadas de la misma región, Ana describió cómo lugares importantes, como el puente que conecta Pavarandó Grande con Mutatá y la carretera principal de entrada y salida de su pueblo “ *fueron marcados*” como trampas mortales y lugares de la muerte. Después de que sucedió la confrontación violenta por el control del área, sus pueblos fueron estigmatizados como pueblos de influencia de la guerrilla y los residentes, señalados como simpatizantes o ayudantes de la guerrilla.

Ana recuerda la llegada, en 1996, de un gran número de desplazados de otros municipios, y cómo éstos y los residentes de Pavarandó temían el trayecto a Mutatá, donde compraban alimentos. Ya los paramilitares habían amenazado que cualquiera que vendiera comida en Pavarandó sería asesinado. El viaje a Mutatá es corto, pero en aquellos años les parecía interminable puesto que era un recorrido marcado por el miedo y la incertidumbre acerca de las posibilidades de sobrevivirlo. Ana recuerda su pánico ante, siquiera, tener que pensar en cruzar el puente que unía los dos pueblos:

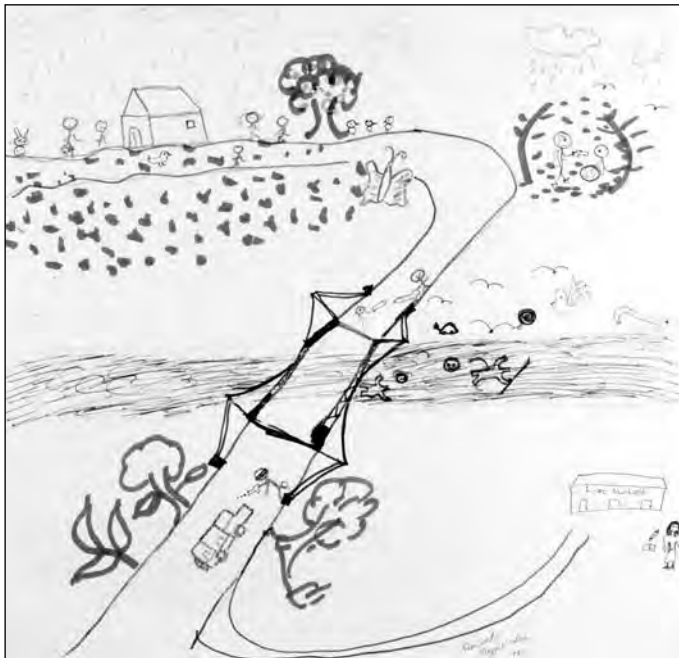
“Mejor dicho, si uno se pudiera vestir de cobre o de plata, uno se hubiera vestido. Cuando uno venía acá se encontraba la fila de los carros y la gente ahí, mirando a ver a quién señalaban para poderlo bajar, descabezarlo y tirarlo al río. El ejército se apostaba en un lado y los paracos (paramilitares) en otro, no había escapatoria. Y ¡ay del que se atreviera a buscar a nadie! La escalera (bus rural o “chiva”), venía con la gente, de pronto, en el momento no los dejaban pasar cuando iban para el pueblo; algunos pasaban, otros no pasaban, cuando venía la escalera pasaban algunos y los tiraban, bueno y cuando la escalera a la salida, también era el pánico. Si era a la salida, si era a la entrada, era la misma situación de la gente, entonces acá ya salían unas personas encapuchadas amenazando la escalera, la paraban, bajaban a las personas que supuestamente ellos ya sabían quién eran porque

3. Un desplazamiento es considerado masivo cuando se desplazan más de 50 personas o 10 familias, en las mismas circunstancias, en el mismo tiempo y del mismo lugar.

estaban haciendo limpieza, entonces sacaban esas personas, ya con eso limpiaban un poquito, los mataban y los tiraban acá al río, muchas personas se perdían, en ese tiempo nadie cogía gente, nadie pues se enteraba de nada porque imagínese quién se iba a meter por allá eso bien caliente a coger gente.”

Ana acompaña su narración con una ilustración que describe estos escenarios. En la esquina izquierda de su imagen, dibujó su pueblo Pararandó, su casa, sus pertenencias, su familia y, luego, como imágenes centrales, dibujó la carretera y el puente, intentando capturar el rodaje del terror: hombres armados apuntando con sus armas desde diferentes lugares, el bus que lleva a los pobladores paralizados por el pánico, un puente vacío, aquél que se convirtió en el sitio de las matanzas, y el río, donde se pueden ver varios cadáveres.

Figura 1. El Puente de la muerte



Este continuo ejercicio de la violencia inscribe el miedo en los escenarios locales marcándolos como espacios de terror, trampas mortales, o lugares estigmatizados. La trascendencia que llegó a tener para

los “grupos al margen de la ley” el control de un territorio, una montaña, una carretera, para poder moverse con facilidad, transportar armas, parapetarse o esconderse, define, entonces, la consideración del sitio en el cual se vive, como un factor determinante en el desplazamiento. En el transcurso de los talleres, y a la medida que se logra una mayor compenetración en el trabajo de campo, las personas desplazadas hablaron de manera más directa sobre los peligros que representaba vivir en lugares marcados y con ciertas huellas corporales,

“Eso por allá era pura zona guerrillera, se metía el ejército averiguando a los campesinos que estaban por allá que si habían visto algo raro, que tales, que guerrilleros y vainas y uno no se metía en eso, uno no... yo no he visto nada. Cuando decidieron hacer su masacre y hacer que la gente se desplazara de allá, se metieron, iban cogiendo a la gente, los iban estrujando y revisando si tenían armas, si tenían muestras de morrales porque como los guerrilleros andan con morrales a la espalda, el que tuviera una marca, alguna señal, de una vez iban mochando cabezas y de una, así. Fueron muchos los campesinos que mataron por eso y el ejército hacía presencia de vez en cuando”.

Este testimonio es indicativo del régimen de miedo y los procedimientos de los grupos armados en estos lugares, principalmente contra los hombres sometidos a una inspección de aquellas marcas dejadas en el cuerpo “por ser guerrilleros”, pero que, como precisan varias mujeres, era algo propio de quienes se llevan su morral con herramientas para trabajar en el campo. Otras mujeres expresan el miedo que sentían cuando personas armadas irrumpían en sus veredas y empezaban a hacer una “cacería” de los hombres que estuvieran por ahí. Cuando no eran asesinados allí mismo, los llevaban para interrogarlos y muchos no volvían; recuerda una mujer desplazada:

“¡qué esperas tan interminables!”... que los confundieron, que los torturaron o que los pusieron a hacer cosas mandadas por ‘ellos’ y después los tiraron al hueco para que no dijeran nada”.

Los mismos temores a las acusaciones por vivir en lugares marcados y por la estigmatización como peligrosos, guerrilleros o paramilitares, fueron mencionados con respecto al desplazamiento intraurbano en Medellín. En este caso, la mayoría de las personas que sufren desplazamiento intraurbano habían protagonizado desplazamientos intra-

regionales y, por consiguiente, podían reconocer las señales del peligro de un nuevo desplazamiento, del miedo que acompaña la inminencia de un nuevo desplazamiento y, en particular, a su estigmatización como “peligrosos” o “guerrilleros.” Los desplazamientos que tienen lugar en la comuna 13 durante los primeros años de la década del 2000, ilustran este vínculo entre lugar marcado y las experiencias de violencia que padecen las personas; esto es, la transferencia a las personas del estigma del lugar —como zona guerrillera o paramilitar—. Dos residentes de la Comuna 13 comentan sobre el impacto de la estigmatización de la que fueron víctimas por vivir en esta área:

“Cuando ocurrió eso, nosotros vivíamos en el sector 7, la balacera empezó a las 9:30 de la noche hasta las 10:30 de la mañana, llegaron ellos gritando que eran las AUC y que a todos los que estaban nos iban a matar porque éramos guerrilleros y colaboradores de la guerrilla. Esto no es justo, uno como pobre tiene que buscar los barrios populares porque ¡dónde más va a vivir uno!”.

“Bueno, le comento, antes del desplazamiento yo vivía muy tensionada porque a mí me hicieron allanamiento en mi casa dos veces, una se iban a llevar a mi niña, lo triste es que nosotros vivíamos en ese morro y decían que nosotros éramos guerrilleros, toda esa gente, Fiscalía y soldados se me iban a llevar la niña...”

La intensidad del miedo vivido por los residentes de la región de Urabá o de la Comuna 13 está también imbricada con el lenguaje y las prácticas locales que clasifican y señalan a los residentes en un continuo de simpatías y lealtades con los grupos armados. En esa diseminación de la violencia y la muerte, el lenguaje se vuelve cómplice y se compromete con las prácticas violentas y de terror, catalizando otras expresiones de miedo de quienes son estigmatizados dentro de un rol particular como resultado de sus empleos u ocupaciones (como dueños de tiendas y restaurantes) o roles sociales (líderes). En ese juego de miedo a los otros que antes eran amigos, vecinos, o del mismo pueblo y, en medio de la proliferación de rumores a través de narrativas de señalamiento y sospecha, la confianza entre los habitantes de la localidad es gravemente debilitada (Jaramillo, 2007).

Jacinto sufrió los efectos de este señalamiento cuando empezó a ser percibido como una persona que sabía demasiado, un ‘oído’, se-

gún la expresión local. Temiendo por su vida, huyó de Chigorodó para Medellín. Durante su entrevista con nosotros, explicó y definió las imágenes que podrían recaer sobre quien se encuentre en ambientes marcados por el rumor y la sospecha: el oído, el sapo y el lambón. Jacinto explica que

“un oído” [es] “una persona que conoce todo de pie a cabeza, de ángulo a ángulo, pero que no pasa de ahí, sino conocedor. ¿Ya me entendió? Conocedor, pero no se mete con nadie, entonces eso se llamaba en ese tiempo (1997) un oído”.

Un oído, sin embargo, es diferente del sapo, quien, en la percepción local, es visto como alguien que está más involucrado en revelar o en imputar a otros sus “simpatías” y “acciones.” Jacinto explica:

[un sapo] “es aquel que le dice ‘vea, ese fue guerrillo’ o ‘ese mató a fulano allá’ o ‘ese tal cosa’.

Finalmente, el lambón se posiciona de manera ambigua y no es, necesariamente, objeto de amenazas:

“...es el que anda detrás, pero no le dan autoridad de nada ni conoce bien cómo está la pomada, como dice el dicho, simplemente se hace una amistad con usted y anda pa’riba y pa’bajo y simplemente ya la gente: ‘¡Ay! ese también es de esos’, pero mentira que es un lambón, que es muy diferente.”

El caos y la confusión generados por los actos de terror e intimidación corroen los fundamentos de la cohesión social creando una experiencia exacerbada de miedo y una práctica de la desconfianza, evidente en el uso del lenguaje (Castillejo, 2000; Daniel & Knudsen, 1995). Las relaciones sociales básicas se deterioran como resultado de la destrucción física, la pérdida de vidas, las prácticas amenazantes de los grupos armados y los señalamientos; los efectos de estas prácticas sobre los individuos, sus familias y las comunidades son desestabilizadores (Jaramillo, 2007). Investigaciones sobre violencia y subjetividad demuestran que la confianza y “*lo ordinario*”, como lugares de “*lo que se da por seguro*”, parecen desaparecer ante el rostro del terror y las terribles tragedias, y cuando esto ocurre en un largo período, tiene consecuencias igualmente duraderas que afectan las posibilidades de los individuos para reconstruir su vida y su sentido de comunidad (Suárez-

Orozco & Robben, 2000). De acuerdo con Das y Kleinman (2001), esta transformación cualitativa de la vida cotidiana se percibe, entonces, como pérdida del contexto.

SITUACIONES LÍMITE Y DESPLAZAMIENTO

La decisión de huir resulta de haber experimentado una situación límite que destruye, los referentes que antes proporcionaban un marco de normalidad a la vida diaria. Después de un año de “vivir con miedo” María y sus tres hijos escaparon tarde en la noche, después de darse cuenta de que los paramilitares se habían llevado la cuñada de María. Durante aquel año, sus tres hermanos habían sido asesinados; ella comprendió que sería la próxima en la lista. Se escondieron en el campo, en la casa de la mamá de María, por unos pocos días, mientras planeaban cómo escapar para Medellín, la capital del departamento.

“... si... nosotros al ver la cosa como estaba de fea... Vea, cuando paraba uno el bus, vea, uno se salía a la carretera a parar el bus y uno pensando que ahí ya lo iban a matar. Dizque cogiendo el bus. Paraba uno, ese bus, pero uno con ese miedito. Y uno ‘¡ay, mi Diosito bendito!’, lo que Dios quiera. Llegamos y nos montamos y uno pensando, pues, yo como no, yo no me metía con nadie, pues pa’ decir que no, que yo estaba quemada y que me iban a bajar por el camino, no. Sino que uno viajaba con ese susto. Pero uno por ahí en esos retenes siempre le daba miedo, cuando paraban esos carros y a requisar a toda la gente. A muchos los bajaban y de una vez por ahí los dejaban... bueno, y de ahí yo llegué y me bajé ahí, y cogí ese bus que se entra pa’ llá, pa’ Cestillal y llegué allá.

Dentro de este escenario, para los actores armados la generación de miedo y el uso del terror son parte de la guerra y constituyen una estrategia que busca obtener como resultado el desplazamiento de la población; pero, para quienes tienen que huir, el desplazamiento representa una estrategia de sobrevivencia, y es, a menudo, la única respuesta posible.

El desplazamiento masivo de los residentes del barrio *El Salado* en la Comuna 13 de Medellín ilustra estas dinámicas (ver el artículo de Amparo Sánchez en este libro). Medellín, la segunda ciudad más grande de Colombia y capital del departamento de Antioquia, ha vi-

vido diferentes fases y formas de violencia (política, del narcotráfico, sexual, criminal) particularmente desde la mitad de los años 80. Entre mediados de los 80 y 90, Medellín cayó en una espiral de muerte, bombas, crimen y terror, cuando el Cartel de Medellín y una amplia red de bandas locales y milicias esparcieron el terror y controlaron la ciudad (Riaño, 2006).⁴ Para los años 2000—2002, las guerrillas y facciones de los paramilitares estaban peleando por el control de áreas estratégicas de la ciudad de Medellín. El desplazamiento intraurbano se convirtió en una situación crítica cuando muchos habitantes de la ciudad fueron obligados a abandonar sus casa y barrios (Sánchez, 2007). La violencia alcanzó proporciones no vistas desde principios de los años 90 cuando los dos bandos buscaron formar alianzas y sedujeron a las bandas de jóvenes y a las milicias para unirse a sus filas. La batalla por el control de los territorios urbanos fue indicativa del mayor impacto del conflicto armado nacional en estas áreas, y su desplazamiento estratégico hacia las ciudades. Esta tendencia es descrita como la urbanización de la guerra, y Medellín fue la ciudad colombiana que más claramente ilustró esta transición (Riaño, 2006).⁵

Cuando ocurrió el desplazamiento de los residentes del barrio El Salado, el territorio se lo disputaron entre los paramilitares y las milicias locales. Las milicias tenían presencia allí desde finales de los 80, estuvieron presentes en la toma de tierra y en la creación de los asentamientos que poblaron los filos de las montañas de este sector de la ciudad. Muchos de estos habitantes eran personas desplazadas que llegaron en los años 80 y 90 de varias partes del departamento y de la ciudad. Previo al desplazamiento forzado de El Salado se esparcieron entre los residentes rumores de serias amenazas a sus vidas y a sus ranchos en un lenguaje cifrado con premoniciones religiosas: “*Pagarán justos por pecadores.*” Clara, una de las residentes y líder local, recuerda cómo era presagiada esta tragedia inminente:

4. Durante estos años, la vida de Medellín fue transformada social e institucionalmente por la infiltración del narcotráfico, con un mayor grado que ninguna otra ciudad del país. Medellín pronto fue reconocida como la ciudad mas violenta de Colombia y Latinoamérica (El punto mas álgido fue entre 1991-92, con una tasa de 444 homicidios por cada 100,000 habitantes).

5. Ver “Guerra en la ciudad” El Colombiano, Julio 14, 2002, <http://www.elcolombiano.terra.com.co/hoy/npo001.htm>; “Medellín. En Jaque” El Colombiano, Noviembre 07, 2002, http://www.terra.com.co/conflicto_armado/11-07-2002/nota62415.html

A nosotros, días antes del desplazamiento nos habían anunciado... no nos dijeron directamente, pero sí empezaron a regar la voz de que iba a haber un sábado negro y un domingo de lágrimas, esa fue la amenaza que empezaron a rodar; y todo el mundo que cada que llegaba un sábado se ponía alerta. Llegó ese sábado 29 de junio... a las 9:30 de la noche, empezó el tiroteo, empezaron las amenazas... de voz a voz, todo el mundo se quedó en silencio... la comunidad, y después quitaron la luz de todo el barrio, quedamos todos a oscuras, y el tiroteo y las amenazas.

Aquella noche los ranchos fueron quemados y les dieron 36 horas para que se fueran. Al amanecer, todos salieron y 250 de los pobladores se refugiaron en la escuela local mientras un duro enfrentamiento continuaba. Este fue un momento de gran pánico y de una gran carga emotiva. Tanto, que Yolanda, quien también se desplazó durante este evento, recuerda con máximo detalle el lugar, los movimientos y lo que sentía en su cuerpo en el momento del desplazamiento

“...cogí una bolsa, eché los papeles y eché dos muditas de ropa, seguí pa'bajo rezando el Salmo 91, cuando vi una bala cerquita. Los unos gritaban, los otros lloraban, los otros decían palabras feas y yo era un solo temblor bajando esas escaleras.”

La experiencia de este momento como situación límite es descrita en la imagen de Clara,

Figura 2. “Sábado negro, domingo de lágrimas”



Ella explica:

“Yo representé en el dibujo el sábado negro... como les comenté que a nosotros nos quitaron la luz, eran las 11:00 de la noche., mi..., el sector donde yo vivo está rodeado de ranchitos, y uno de ahí para arriba no veía sino las llamaradas cuando se estaban quemando. Y ya al domingo desierto total porque ya todo el mundo se había ido, todo lo representé en las lágrimas.

Lo que Clara recuerda tanto visual como oralmente está expresado en dos registros: El del acto testimonial en el cual ella se ubica a sí misma como testigo, sobreviviente y comunicadora de aquello que ha visto, y el de la experiencia de un sufrimiento social en el cual su mirada y su narrativa están ancladas en un pasado traumático que, simbólicamente, representa con la imagen de las lágrimas.

Como sugieren Daniel y Knudsen (1995), estos sucesos violentos no solo amenazan una manera de estar en el mundo, sino que, además, fuerzan el individuo a verlos de una manera diferente. Este cambio sensorial se evidencia en la representación de Clara del “Sábado negro” y cómo ella pudo ver el reasentamiento sólo a través de las llamaradas esporádicas producidas por el incendio. En la narrativa de Clara y en su imagen, así como en la narrativa de María, en la sección anterior, la visión (el acto o el poder ver) está situada en el lugar de quien se esconde; es una mirada desde las rendijas o los márgenes. Este poder “ver” carece del poder de controlar y explicar qué es lo visto y qué ocurre, pero es algo que queda registrado para recordar. La experiencia de las circunstancias de su expulsión como una situación límite, en el caso de María, y su posicionamiento como testigo de la destrucción de su asentamiento, en el de Clara, posiciona a ambas de otra manera frente a sus nociones del miedo, la angustia y la incertidumbre. Ese “Sábado negro, domingo de lágrimas” entra en un registro colectivo como evento emblemático de sus sufrimientos.

En la sección previa sugerí que el miedo es un sentimiento situado y aprendido, el cual, en los eventos descritos, activa cierta conciencia sensorial del entorno. De acuerdo con James (1997), el miedo organiza los afectos —establece una especie de economía de los afectos— lo que, en un contexto del desplazamiento y cambio de las nociones de

angustia, incertidumbre, seguridad y esperanza, le da expresión colectiva a estas experiencias.

Exploré aquí la relación entre la experiencia del terror, las emociones asociadas al miedo, la angustia, la incertidumbre y las maneras como, incluso los sentidos, en este caso la vista o, mejor, la mirada, se reconfiguran para responder a estos eventos estructurantes de la experiencia. Los eventos que llevan al desplazamiento constituyen situaciones límite en las cuales la magnitud de la violencia y la profundidad del miedo destrazan el sentido de la vida diaria y sus fundamentos normativos, a los que se recurre para proveer algún sentido de continuidad y normalidad, incluso, en situaciones de guerra (Gigliotti, 2003; Colorado & Riaño, 2007).

LAS FRONTERAS BINACIONALES Y EL REFUGIO: LAS CERCANÍAS Y LEJANÍAS DEL MIEDO

Cuando ocurre una salida forzada que lleva al individuo a cruzar las fronteras nacionales, tienen lugar otro tipo de discontinuidades, desarraigos y rupturas simbólicas y materiales. Los individuos se confrontan con la condición espacio—temporal del exilio que los lleva a interactuar con una serie de prácticas jurídico-políticas transnacionales y con estructuras de poder que los redefinen como un “nuevo tipo de persona”: ser refugiados de convención, solicitantes de refugio, indocumentados, negados o migrantes ilegales. Para los colombianos que se desplazan al Ecuador en busca de protección y refugio, el cruce de la frontera binacional marca un límite territorial pero, sobre todo, señala un umbral entre la protección y el riesgo, entre la seguridad y el miedo. En esta parte del artículo examino este umbral contradictorio desde el que los colombianos que se han desplazado a Ecuador, y específicamente a la ciudad de Quito, miran su situación de refugio y reconfiguran sus miedos y respuestas. Para estructurar el análisis de este umbral contradictorio me apoyo en las ideas de Delumeau (2002) sobre la seguridad, la confianza y el miedo. Este autor hace un recorrido histórico sobre los significados sociales y lingüísticos de la palabra *seguridad* e indica su doble asociación con hechos objetivos (la protección efectiva) y con una dimensión subjetiva que compete a la ausencia de temor y la confianza: “el sentimiento que cada uno tiene cuando se sa-

be fuera de peligro” (Delumeau, 2002, p. 73). Como veremos en el caso de las personas refugiadas en el Ecuador, el temor, la inseguridad y la incertidumbre marcan las circunstancias de expulsión en Colombia y el tipo de trayecto que se emprende, pero también acompañan la vida diaria de las personas refugiadas en una ciudad como Quito. Persisten, de esta manera, dos sentimientos cuando se cruza la frontera y se inicia el proceso de establecerse allí: la tranquilidad que se vive al tomar distancia y lejanía del conflicto armado y, también, el temor de no estar lo suficientemente lejos del país y de quien los expulsó, y, en el caso de Quito, el temor a la presión de los grupos armados colombianos que, según se rumora y afirma, ejercen presión sobre las personas en situación de refugio.

La complejidad y la dificultad de las circunstancias de violencia en las que las personas se ven obligadas a tomar la decisión de huir y la vivencia de un miedo profundo empujaron, en el caso de varias de las personas refugiadas en Quito, a emprender una jornada poco planificada hacia un destino que sólo definen en el trayecto. Uriel, quien sale de Medellín amenazado por las milicias que operaban en su barrio, y Francisco, quien sale de Bogotá amenazado por los paramilitares que controlaban la zona en la que vivía, narran estos momentos en que inician un largo recorrido con el fin, según Francisco, de “poner tierra” de por medio entre la amenaza y persecución directa que enfrentaban y la búsqueda de unas condiciones diferentes en las que pudieran sentirse más protegidos:

Cuenta Uriel:

“... me tocó salir con mis maleticas, ropita y salí al Terminal, pero llegué al Terminal pero no sabía para dónde iba a coger, prácticamente me vine para Quito, *pero no sabía para donde iba, me iba como a otro mundo*, en ese momento de nerviosismo, las preocupaciones, los problemas, no le permiten a uno decir me voy para tal parte, porque uno no tiene parientes, no tiene nada, bueno”.

Y relata Francisco:

“(...) incluso yo me iba a hacer matar de esa gente, porque un momento yo estuve decidido a hacerme matar, a... como fuera, sí... Llegó un tiempo, hermano, que yo ya no quería salir de la casa, a mí se me vino esto, mejor dicho, una cosa terrible, que nunca me había pasado, y en

el medio del desespero, una hermana mía (...) ella me mandó en esos días 150.000 pesos, de esos 150.000 pesos le dije a Luz [la esposa]: “¿Sabe qué?, yo me voy, ya no puedo más, voy a coger camino a ver qué puedo hacer... veamos qué hacer con ellos, a ver si yo me voy nos dejan descansar un poquito mientras a ver cómo arreglamos esto...” [...] y partí y me vine... yo cogí camino... *yo partí... sin rumbo... voy a poner tierra a ver qué pasa...* y fue cuando vine a entrar al Ecuador”.

Llegar a la frontera con Ecuador supone, en muchos casos, haber sorteado otras fronteras dentro del territorio nacional; aquellas impuestas por los diversos grupos armados para controlar la circulación de la población civil, su paso por determinados lugares, su contacto con otras localidades e, incluso, restringir el acceso a los alimentos. Esta situación hace que cruzar la frontera con Ecuador tenga un doble sentido: por un lado, sentirse a salvo de las amenazas vividas en Colombia y, por otro, la incertidumbre y el temor por lo que les espera. Durante el trabajo de campo se documentó que los colombianos, cuando cruzaron la frontera hacia el Ecuador, desconocían, por lo general, que podían acceder al refugio como sistema de protección o, si lo sabían, evitaban declararse como alguien que llega huyendo de la violencia y necesita protección porque temían que esto se convirtiera en una razón por la que se les negara su entrada a Ecuador.

En Quito, el miedo se vive bajo un régimen emocional mucho más ambiguo puesto que la relativa cercanía entre Ecuador y Colombia y la elevada presencia de colombianos en las ciudades ecuatorianas han acarreado rumores muy fuertes sobre la presencia de actores armados en la ciudad y, de hecho, varios actos directos de agresión y amenaza. Durante el trabajo de campo, los refugiados colombianos reiteraron continuamente este elemento que resalta como la geografía del miedo toma otras características en una ciudad como Quito que concentra a la gran mayoría de personas colombianas en situación de refugio. Este sentimiento de miedo a la presencia de actores armados se localiza, por ejemplo, en los sitios de registro y atención a las personas en situación de refugio, como en las organizaciones no gubernamentales, entidades socias de la ACNUR en Ecuador, o en las oficinas de la Cancillería ecuatoriana. Los rumores y sospechas que circulan entre los colombianos es que en los espacios públicos de espera hay presencia de infiltrados de grupos armados:

"[...] siempre yo me he dado a conocer mucho y me da mucho temor actualmente porque con toda esa gente que tengo encima, tengo unos quince con los que tuvimos problemas [en Colombia], y según creo, ya todos saben la información mía que yo estoy aquí en Quito, incluso ha llegado mucha gente de Bogotá que me ha distinguido acá, sí, ya distingo a varias personas, y de pronto puede llegar una persona de allá y nos puede hacer daño [...]"

En Quito, si bien tienen una relativa lejanía de los problemas que les llevaron a emprender el éxodo, sus vidas están marcadas por una inseguridad constante, por su frágil situación económica y legal; independientemente si son reconocidos o su solicitud de refugio ha sido rechazada sufren persecución y discriminación de parte de la policía, sus empleadores potenciales o para la consecución de vivienda (Ortega, 2007). En contraste con ciudades como Ibarra o pueblos como San Lorenzo, la posibilidad del anonimato y de ocultar su estatus son mayores por el tamaño de la ciudad pero, a la vez, y como lo indica Lo (2006), los miedos a ser identificados y perseguidos son la causa principal de que una gran mayoría de las personas en situación de refugio no se acerquen a las organizaciones que les pueden brindar la ayuda de emergencia o ciertos servicios básicos. Complicando este panorama están los cambios que se han dado en las actitudes de la sociedad receptora hacia la migración colombiana y el registro de una dramática transformación de las imágenes y representaciones sociales que circulan sobre los colombianos como peligro, amenaza e invasión (Rivera, 2006). En esta transformación han jugado un papel central los modos en que los medios de comunicación se han encargado de crear figuras estigmatizantes, basadas en imágenes negativas asociadas a la amenaza, el miedo (Diario La Hora, 2002), la inseguridad y el riesgo del ingreso y el cruce fronterizo que magnifican el miedo como sustento y articulación de imágenes nacionalistas y en ocasiones xenófobas (Rivera, 2006).

Las amenazas y el temor, no obstante, aparecen de manera más tangible en las relaciones con la policía y las fuerzas armadas, las que se convierten en una fuente de miedos e inseguridades. Este temor fue expresado directamente por los hombres, mientras que las mujeres expresaron sus temores frente al acoso sexual del que son víctimas cotidianamente. Este conjunto de factores han marcado una relación

particular de los refugiados colombianos con la ciudad de Quito en tanto escenario conflictivo de un sentimiento de seguridad y de miedo. El miedo y la discriminación son dominantes. Por un lado, porque la gran mayoría de las personas refugiadas se dedican a actividades informales de venta ambulante en las calles, en el transporte público o en lugares como la terminal de transporte; por el otro, por el continuo acoso de la policía y su concentración residencial en barrios populares como Solanda, en los que, además, hay una presencia visible de pandillas. Como relata Francisco, los miedos del aquí, se entremezclan con los miedos del allá [Colombia] y la incertidumbre sobre si existe para ellos una solución al sentimiento de desprotección y temor:

“...y a mí me da miedo en la noche, como yo estuve estudiando, porque yo estaba pendiente si venían (los hijos) del Amazonas yo estaba 10, 11 de la noche esperando que llegaran, con las pandillas que hay aquí, porque incluso a mí en esta J, hace por ahí unos tres años casi me matan, las pandillas de aquí de Los Latin casi me matan, la hija fue amenazada por el Latín King que me la iban a matar, porque no forma parte de la pandilla de ellos, entonces nosotros llegamos a un problema muy duro que no ha visto el gobierno ni nada, y lo que dice el señor Uribe, que nos manden para allá, para Colombia, él no nos va a poner un policía a todos para salvaguardarnos todos los días, ¿no cierto, sí? entonces cómo nos va a garantizar la vida a nosotros de retorno en nuestro país...”

Entre los hombres refugiados colombianos circulan rumores y noticias sobre la presencia guerrillera y paramilitar en los albergues para refugiados y en otras zonas del país. La conversación que surgió durante un taller de memoria sobre los miedos, los rumores y sus experiencias, fue contextualizada simultáneamente con referencia a la guerra en Colombia, las relaciones entre Colombia y Ecuador y las actitudes de los quiteños hacia los refugiados colombianos. Relatan así Francisco y Álvaro:

“... a mí se me había pasado algo por alto, porque a nosotros se (...) en NTC noticias o algo así, un noticiero español, en donde nosotros los refugiados en el Ecuador estamos en la mira de la guerrilla por ser refugiados...”

“Y más que todo la captura del comandante de las FARC (Simón Trinidad), se nos ha ido presentando problemas porque la guerrilla o el

comisionado de las FARC dice que a él lo capturaron aquí en Quito fue porque nosotros los refugiados colombianos lo vendimos. No sé si ustedes estén informados que aquí de un albergue de la ACNUR, llegó la guerrilla colombiana y sacó una persona de ahí, entrando a la fuerza y pegándole a la mayoría de las personas que estaban dentro del albergue, y sacando a esa persona exclusivamente, y la sacaron por aquí al sur de Quito, la sacaron por Putumayo y se la llevaron, o sea que nosotros aquí, por eso, el miedo es bastante grande porque aquí uno no está seguro, lo que digo yo, o sea Quito, realmente de aquí a Tulcán es una ciudad más de Colombia[...].

La conclusión de Álvaro de que las ciudades de Ecuador son como “una ciudad más de Colombia” captura la dificultad que las personas refugiadas experimentan en reconocer a Ecuador como un país seguro. Los relatos de los refugiados colombianos evidenciaron que la sensación de inseguridad no cesa del todo en su nuevo ambiente social, que los miedos relacionados con su proceso de migración forzada siguen cubriéndolos, que siguen presentes los temores relacionados con los actores del conflicto que los obligaron a salir de su hogar y, en general, se vuelven más densos al mezclarse con el miedo a la policía local, con la discriminación, la negación institucional. Los colombianos, y de manera más intensa aquellos a quienes les fue negada la solicitud de refugio, expresaron de manera clara y recurrente el miedo a causa de las acciones policiales, específicamente por la persecución que se implementa para decomisarles su mercancía de venta ambulante, por las detenciones arbitrarias o, incluso por la deportación. Esta situación se agrava para las mujeres que, como lo menciona Sara, quien trabaja en la venta ambulante en buses y calles, enfrentan un acoso sexual frecuente:

...sí, hubo un tiempo en el que yo ya no quería ni salir a trabajar... porque... o sea, yo vine huyendo de un problema, sí... y mi esposo también, y aquí, pensé que de pronto iban a cambiar las cosas, y resulta que no, que antes peor, nos toca estarnos escondiendo peor... y también porque me da mucha tristeza que a veces los hombres piensen que porque nosotros nos subimos a los buses a vender cosas uno va es a venderles el cuerpo... y de pronto lo cojan a uno, abusen morbosamente... o le ofrezcan plata como si uno no valiera nada en la vida, eso me duele... eso sí me ha dolido mucho de aquí... la discriminación... ¡juy!... sí... ¡hasta delante de mi esposo! ¡No!... no lo han

respetado a él... hemos preferido quedarnos callados, porque, pues uno respeta porque está en otro país, pero yo digo que todos somos seres humanos...

En esta situación de fragilidad en su condición de seguridad, las personas refugiadas en Ecuador vislumbran como única posibilidad para “liberarse del miedo” el reasentamiento en un país como Canadá; dice Álvaro:

“... entonces por qué no nos dan la oportunidad de reasentarnos en otro país mejor, donde podamos salir adelante y *podamos dejar ese temor que cargamos encima aquí*, porque aquí lo estamos viviendo a todo momento, en cuanto por una parte por la misma gente de acá, porque no somos bien vistos, porque vuelvo y lo repito, y le digo: por el mismo ecuatoriano no somos bien vistos, somos en todo momento aislados de ellos y ellos no quieren saber con nosotros mucho.

LOS TRAYECTOS DE MIGRACIÓN FORZADA, LA MEMORIA Y EL EXILIO

En septiembre del año 2000, Laura, sus cuatro hijos y su sobrino tomaron un bus desde Buenaventura, una ciudad intermedia de la Costa Pacífica, hasta Cali, la capital del departamento del Valle en la parte suroeste del país. Pocos días después, tomaron un vuelo para Miami, y luego hacia Montreal en Canadá. Salieron sin ningún equipaje para evitar sospechas de que estaban huyendo, y la única pista que los guiaba era que su hermano residía en Vancouver. Laura y su familia empezaron un peligroso viaje plagado de angustia e incertidumbre, del cual ella prefiere no hablar porque estas “son cosas privadas” que pudieron superar “Gracias a Dios.” Huyeron de un barrio donde, según su hijo Juan, de 19 años, (en el 2006), “ellos solo quieren tener un régimen...” “paramilitares y guerrilla”, agrega Laura. La disputa armada entre ambos grupos por el control territorial del municipio era una constante causa de temor, pero sus habitantes temían, además, el reclutamiento forzado de sus jóvenes en cualquiera de estos grupos. Buenaventura es una ciudad afectada profundamente por el narcotráfico. Allí, Laura y sus hijos fueron víctimas de una multitud de formas de violencia, incluyendo la doméstica. En Vancouver, a distancia geográfica y temporal, Laura y Juan recuerdan cómo llegaron a Montreal, contaron fragmentos de “su

historia” a los oficiales de inmigración e hicieron la solicitud de refugio. Pocos días después de su llegada, viajaron a Vancouver para reunirse con el hermano de Laura y prepararse para otra retadora jornada: la de adquirir el estatus de refugio en Canadá.

Para Laura y Juan, llegar a Canadá implicó emociones ambivalentes sobre la vida que dejaron atrás, la aprehensión y las expectativas sobre la vida en un país lejano y las oportunidades que Canadá podría ofrecer. La restricción de las opciones cuando tomaron la decisión de emigrar y la naturaleza forzada de esta decisión marcaron la jornada migratoria con efectos prolongados. Vicente, un refugiado cercano a los 35 años, describe sus sentimientos cuando tuvo que huir con su esposa herida y sus hijos de una ciudad intermedia de Colombia:

“El recorrido mío fue un poco sencillo pero como muy traumático porque salí sin pensarlo de Colombia. Entonces salí como de unas vacaciones pero con el trauma de que mi esposa venía un poco enferma... este proceso de volver a nacer acá... es algo que tenemos que... Primero porque no tuve la oportunidad de decidir de venirme eso es un factor que influye mucho en la concepción de que tengo que tengo que venir a Canadá y que tengo que volver a nacer, yo no tuve tiempo para pensar en eso...

Sentirse como en unas “vacaciones” y tener que hacerse de nuevo a sí mismos, que aparece en las historias de la mayoría de los refugiados como un tener que “volver a nacer”, caracteriza un lugar o espacio-tiempo único en el cual se encuentran los refugiados colombianos (Colorado & Riaño, 2007). La jornada de la migración forzada y el primer año de reasentamiento en un país lingüística y culturalmente diferente refleja un momento transitorio y fundacional en términos de lugar (geográfica y socialmente) y de la posibilidad de reconstrucción de un plan de vida y un ‘hogar’, porque se están negociando las maneras de relacionarse con el pasado y con las identidades sociales. La migración forzada constituye para estos refugiados un proceso y un continuo de eventos que reconfiguran sus expectativas de futuro y sus referentes básicos de lugar y su posicionamiento (“volver a nacer”).

Las mujeres refugiadas en Vancouver reflexionaron en esta experiencia de dislocamiento y cómo sus intentos de asimilación del “aquí” y el “ahora”, y la reconstrucción de sus vidas, son continuamente inte-

rrumpidos por la memoria de los sucesos pasados y por la conciencia de lo que han dejado atrás. Esa relación con el pasado actúa como una fuerza que interrumpe el presente cuando estas mujeres intentan “imaginar el futuro” y explorar las oportunidades para sus hijos y para ellas mismas en Canadá. Luz, una mujer profesional y cabeza de hogar quien llegó a Vancouver con su hijo y su sobrino después de recibir varias amenazas de muerte por su trabajo como operadora de la justicia, comparte con las otras que para ella:

“No es fácil, no es para nada fácil por todas las cosas que se han dejado atrás, y de pronto te tienes que levantar y salir para venir aquí (...) pero si uno se queda atrás mirando atrás es difícil (‘no te puedes levantar’, dice otra mujer). Pero si uno sigue quedándose atrás es difícil, no se levanta. Yo todavía no lo he podido hacer, la verdad, hay momentos en que lo hago y otros en que no...”

La presencia persistente de esa memoria es mirada por las mujeres como un reto para “seguir adelante”, porque olvidar el pasado es una elección imposible para ellas. “Lo que uno ha vivido es algo que no se olvida”, nos dijo otra mujer en el taller. Luz lo expresa como una lucha personal para sobreponerse a ese “quedarse atrás”, y otra mujer lo describe como un esfuerzo para “levantarse”, como de una caída. Esta lucha personal para establecerse, dirimir el pasado, perfilar el presente y el futuro es, además, afectada cuando sus cuerpos recuerdan. Marina, otra refugiada colombiana, describe cómo sus memorias de los eventos traumáticos pasados y las emociones asociadas son activadas, incluso, al sentir un olor o un sonido:

“—Yo te digo: tengo cuatro años de estar acá y hace tres días sentí olor a pólvora cuando iba llegando a mi casa y yo me miraba en todos lados a ver si era que me habían pegado un tiro. ¿Pero por qué después de cuatro años? Y yo digo: “¿Pero qué me pasa?”, son cosas que quedan en uno...”

—O sea, es que uno no puede separar una memoria (concluye Emma)
(...)

Ante el rostro de estas memorias del pasado, el silencio es común. A Laura no le gustan las preguntas sobre su historia; afirma que, si algún miembro de su familia desea hablar, ella tiene que estar presente

porque se trata de una historia compartida: “es nuestra historia”, afirma, expresando un sentido de protección y vigilancia de una memoria que cuida con recelo.

Para Juan y Laura, esa dificultad con el pasado y el presente resulta de una renovada conciencia del miedo, un miedo que, según ellos, no tenían presente en Colombia.

—“... uno allá (en Colombia) no siente el miedo, uno se da cuenta del peligro es cuando ya está acá”.

—“Sí”, afirma Juan, ya uno lo siente porque se le quitan las vendas a uno.”

Con tales reflexiones sobre las transformaciones en sus propias experiencias sensoriales, Juan y Laura construyen el miedo como un sentimiento histórico y encarnado; un sentimiento que requiere de la acción humana y la conciencia para ser reconocido. Juan profundiza en esta idea cuando se refiere a su hermana quien, finalmente, logró reunificarse con su familia en Canadá:

“... y nosotros le sentimos como miedo. Que ahora sí tenía ella miedo, cuando ella llegó aquí, ella aprendió a ver el miedo (...) ahora sí como que los miedos y los traumas de Colombia, que no estaba sintiendo allá, pero que aquí sí. Yo sentí eso, no sé usted que dirá, mamá (...) el miedo como que ya se le queda en las venas y como que será que ‘¡ay, Dios mío!, ¿será que puedo vivir aquí?’ Como que ahora el miedo ya si taladra ya que este es un país diferente”.

Desde la perspectiva de Juan, la conciencia del miedo opera como algo que se queda estancado en las venas para, más tarde, convertirse en una emoción que, literalmente, *taladra* el cuerpo. En otras palabras, Juan y Laura dan cuenta de una noción del miedo encarnado:

—“Son cosas que se les van acumulando a las personas. Y usted [dirigiéndose a su madre] que vivió más tiempo que nosotros allá. Son traumas y cosas que se le van acumulando y acumulando y después interfieren mucho para después volver a rehacer su vida de otra manera.

—Interfiere bastante. Bastante. Uno tiene que cuidarse bastante...

— Interfiere muchísimo. Y de ahí es que viene la depresión (...) Y eso viene todo junto, el rehacer la nueva vida y el dejar la otra vida que tuvo, esa otra parte de vida, entonces eso hace como un ¡crash! como un accidente ahí.”

Las conexiones entre el miedo y la memoria histórica son centrales en la tarea de analizar la experiencia intrasubjetiva de la violencia y el desplazamiento entre estas personas, no sólo porque “el miedo tiene historia” (Lechner, 2002), sino porque esas experiencias únicas de huir y convertirse en exiliados implican la necesidad de redefinir un proyecto de vida y su relación con el pasado. Este proceso de redefinición de los referentes básicos de la vida diaria ha sido caracterizado como profundamente cultural, dado que ello obliga a los refugiados y desplazados internos (quienes son, al mismo tiempo, víctimas y sobrevivientes del caos masivo) a resolver el problema del sentido y, finalmente, afirmar la coherencia de la experiencia (Daniel & Knudsen, 1995).

Anteriormente, Juan ofreció una imagen que sugiere poderosamente la manera en que los eventos y las fuerzas sociales de la guerra y la violencia se encarnan: producen un “*crash*” o colisión constante, en el intento de su madre por reconstruir sus mundos sociales. Este aspecto es relevante puesto que, desde una mirada humanista y antropológica, conduce a entender la singularidad de los procesos de incorporación social de los inmigrantes forzados en una nueva sociedad receptora. Si bien otros inmigrantes viven procesos de desarraigo, desorientación y enfrentan miedos y temores en el nuevo entorno, la fuente y las huellas de su sufrimiento y desplazamiento no están entrelazados con este tipo de experiencia límite, descentramiento e impacto emocional y sensorial que resulta de la violencia y el desplazamiento forzado. De acuerdo con Farmer (2005) este tipo de violencia estructural y encarnada conspira —ya sea en lo rutinario, en los rituales o en el día a día de sus esfuerzos por insertarse y reconstruir sus mundos en el nuevo entorno— en su propio potencial de acción, en la agencia humana. Estos elementos aparecieron en contextos tan diferentes como el de Vancouver, una ciudad costera, altamente próspera, turística y predominantemente habitada por inmigrantes; en el caso de los colombianos que residen en Solanda, un barrio popular tradicional en el sur de Quito, o en los que se encuentran en situación de desplazamiento intraurbano, en la ciudad de Medellín.

La investigación sobre migración forzada de colombianos ha documentado cómo se combinan diferentes elementos que generan el éxodo y la condición de víctimas de los emigrantes forzados, debido a

los sentimientos de miedo, las experiencias de terror y las pérdidas que acompañan su migración forzada; independiente de que el éxodo sea de un barrio a otro barrio, de una vereda del sector rural a una cabecera municipal, o hacia una gran ciudad, o si se atraviesan las fronteras territoriales del país o, incluso, del continente, el miedo se sitúa como un factor determinante a la hora de emprender estos trayectos migratorios. El análisis de los procesos de inserción y reconstrucción de sus modos de vida en contextos tan distantes y, en cierta medida, tan diferentes, como los de Chigorodó, Medellín, Quito, Vancouver o Sherbrooke, nos ha llevado a concluir que el miedo es continuo sensorial que marca sus experiencias.

En el corazón de la experiencia de la migración forzada yace el sentido de un desplazamiento no solo geográfico, sino temporal y emocional de un mundo familiar y de lo conocido. Es un desplazamiento que Juan, el joven afro—colombiano, ilustra poderosamente como algo que produce un *crash*, un choque en el ser. El desplazamiento, en este sentido, envuelve una jornada migratoria hacia otro municipio o país, pero, además, intrasubjetiva y de cambio cultural, en la cual los individuos y grupos sufren porque los referentes básicos de normalidad que dan sentido a la vida diaria son alterados por actos violentos, por las pérdidas materiales y de los mundos sociales. El miedo encarnado y las memorias de la violencia no son exteriores a esta experiencia del desplazamiento y el exilio, ellas constituyen eventos estructurantes, son el vehículo y los sentimientos que sostienen una relación con el pasado y el hogar.

DESPLAZAMIENTO Y EXILIO: LA CONVIVENCIA CON LA INCERTIDUMBRE

Tanto en el caso del desplazamiento interno como en el del refugio, la discontinuidad que frente al presente y el pasado se asocia con los desafíos para prever el futuro, pero, a su vez, por la misma incertidumbre que se vive con respecto al pasado trágico, frente a la construcción de una historia sobre lo que sucedió y el reconocimiento de los responsables de estos eventos trágicos. Cuando la incertidumbre atraviesa la memoria histórica, el presente inmediato y la posibilidad

de futuro, esta no puede ser asumida como condición moderna de libertad; por el contrario, y como lo expresó Norbet Lechner, “deja a la gente sin aliento para procesar los cambios. La realidad deja de ser inteligible y aparece fuera de control. ¿Cuál es en medio del torbellino, el sentido de la vida?” (Lechner, 2002).

Una refugiada colombiana en Sherbrooke, en la provincia de Quebec, verbaliza este sentimiento de inseguridad y su transformación en un miedo al sinsentido. Ella construyó una imagen para representar una memoria significativa en la experiencia de migración forzada. Su dibujo tenía un fondo blanco que explicó así:

“¿Por qué elegí el color blanco? Porque hasta hoy para mí todavía esto sigue siendo una incertidumbre que no tiene razón, o sea, la verdad no encuentro ni una razón ni un significado que yo pueda aceptar. Llevo dos años, seis meses y para mí es casi igual que la semana que llegué, y lo expreso y lo sostengo de esa manera.”

La incertidumbre se expresa como un miedo al sinsentido, una dificultad para reconocer un espacio de vida ciudadano en el exilio, en el caso de las personas refugiadas; y un derecho a la ciudad o al reconocimiento como ciudadanos, de parte de las personas desplazadas internas (ver artículo de Amparo Sánchez). En el fondo, estamos enfrentando la necesidad de reconocer el profundo vacío comunicativo que se produce con el desplazamiento y el exilio. El miedo al sinsentido, que desde el trabajo pionero de Norbert Lechner (2002) ha sido reconocido como descriptor de los desencuentros entre experiencia y modernidad de las sociedades contemporáneas, asume otras connotaciones cuando lo consideramos en el contexto de la movilidad humana, particularmente de la migración forzada. Lechner hace referencia a este miedo como discontinuidad entre el presente y el futuro, como la imposibilidad de prever el mañana; pero, en el caso de los desplazados y los refugiados colombianos, este sentimiento está, además, profundamente imbricado con la imposibilidad de resolver el pasado y su derecho (o mejor, la negación de su derecho) a una memoria histórica digna que asigne responsabilidades y reconstruya una narrativa que articule sus historias y trayectos dentro de una narrativa integradora e incluyente que reconoce las pérdidas, los abusos y las atrocidades de las que han sido víctimas (Colorado & Riaño, 2007).

La incertidumbre social se constituye así en el eje dominante desde el que se enfrentan el desplazamiento forzoso y el refugio, y desde donde se reelaboran los miedos sociales. El miedo a enfrentar un entorno desconocido en el que son inútiles los saberes y modos de subsistencia aprendidos, y en el que es imposible comunicarse, como en el caso de los refugiados colombianos en ciudades como Vancouver o Sherbrooke, o el miedo a enfrentar un escenario predecible de persecución y discriminación como el que se encuentra a diario en Quito, es un sentimiento persistente en las historias de las personas desplazadas y refugiadas. Son los jóvenes los que encuentran mayores posibilidades de aprendizajes en este campo, y las mujeres, quienes se empeñan en arrancarle un sentido positivo y de futuro para sus hijos a una experiencia que es altamente desafiante.

Otros sentimientos varían; es el caso de la inseguridad y el temor a continuar siendo perseguidos por los actores armados. El caso del desplazamiento intraurbano en una ciudad como Medellín, por ejemplo, nos permite otras lecturas del significado de este drama cuando las posibilidades de distanciamiento de la situación que los expulsó son mínimas y existen, por esta razón, enormes resistencias institucionales y políticas para el reconocimiento como víctimas. Las experiencias de la población desplazada de Urabá, por su parte, permiten rastrear el impacto de una larga presencia del conflicto armado en la vida de la gente y procesos de movilización social, también históricos, en los procesos actuales de lucha por su reconocimiento. Para los que buscan refugio en Ecuador, en cambio, persisten los dos sentimientos: el de tranquilidad, a pesar de condiciones de vida bastante precarias, pero también la idea de que se está demasiado cerca del país y de quien los expulsó. Para quienes huyen hacia Canadá, la seguridad que brinda la lejanía del conflicto es el principal argumento a la hora de pensarse definitivamente allí. Pero, en cada caso, los miedos asociados con el conflicto no desaparecen y, con frecuencia, se constituyen en memoria encarnada y aprendida.

Existe, además, una paradoja que rodea la imagen de la sociedad receptora o el país que ofrece protección a los refugiados: vivir con miedo cuando se ha conseguido la protección. Mientras una sociedad receptora como Vancouver proporciona a los refugiados seguridad ante las amenazas y el terror que los obligó a huir de su propio país, obser-

vamos cómo la sospecha y la desconfianza continúa marcando y regulando la vida diaria de los refugiados colombianos (Colorado y Riaño, 2007; Riaño y Goldring, 2008). Primero, es una herencia que cargan de las experiencias de terror vividas encarnadas como memorias de los eventos traumáticos pasados, esto erosiona la confianza en los otros. Segundo, es algo que está en relación con la inseguridad creada por el nuevo ambiente y la pérdida de familiaridad, lo cual se afecta con las rígidas políticas sociales para los refugiados en las cuales el estatus o situación de refugio es a menudo colocada en duda, cuestionada o ignorada. En particular, los refugiados en Vancouver anotaron que estas emociones se activan en sus interacciones con los servicios de asistencia social, con los profesores en los colegios de los hijos y con otro tipo de maestros en las escuelas de aprendizaje de la lengua. También, se activan en las clases de capacitación para el trabajo, en la escuela secundaria, y ante los controles sobre sus vidas y su movilidad dentro de Canadá, por ejemplo, ante las dificultades de hacer una migración secundaria. Otros detonantes de estas emociones son la prohibición del castigo físico a los niños y el uso de sus derechos, los derechos de las mujeres; incluso, los ingresos económicos obtenidos de fuentes diferentes a la asistencia social para los refugiados. Pero esta situación no es única a las experiencias de los refugiados colombianos en ciudades como Vancouver. La investigación sobre migración forzada encontró expresiones diversas de esta paradoja entre la protección y el miedo en escenarios como Medellín, Quito o Sherbrooke.

Cierre

Cuando las personas desplazadas y refugiadas intentan restablecerse en un nuevo ambiente social, la presencia del miedo durante toda la jornada del desplazamiento tiene un impacto adverso en sus intentos por reconstruir sus vidas. El trabajo de campo realizado en los tres países ilustra las paradojas de vivir con miedo cuando se ha conseguido la protección. Lo cual sugiere que el aislamiento, el anonimato y la marginación, comportamientos comunes entre los desplazados internos y los refugiados en Urabá, Medellín, Quito, Ibarra, Sherbrooke y Vancouver, son respuestas o medidas de protección personal ante el miedo. Sin embargo, tales respuestas tienen consecuencias significativas en el

acceso a la protección y en la habilidad para aprender a navegar los nuevos sistemas sociales. Estas respuestas ante el miedo y la incertidumbre traen consigo nuevas vulnerabilidades, y limitan la capacidad de los individuos para establecer redes sociales de apoyo y solidaridad (Riaño & Goldring, 2006), y para generar estrategias colectivas de organización, las cuales, como la literatura de la migración ha establecido, son cruciales en la organización social de la migración y en el proceso de incorporación dentro del nuevo ambiente social.

En este artículo, he identificado algunas de las maneras como el miedo se inserta en la memoria y en las narrativas de un grupo de desplazados internos y refugiados. El desplazamiento y el exilio son eventos estructurantes, así como lo es el miedo vivido por los desplazados y los refugiados, en tanto es una emoción memorizada y encarnada en el cuerpo. Este texto, además, muestra el devenir de un miedo directo y encarnado por la violencia vivida en Colombia en un miedo más intangible e historizado (memorizado) expresado como vulnerabilidad ante fuerzas desconocidas en la medida que los refugiados llegan a países como Ecuador y Canadá. He argumentado que para los refugiados colombianos, el miedo es sentido como una constante que opera como un sentimiento estructurante que sitúa a los individuos dentro de un régimen emocional donde confluyen sentimientos poderosos y contradictorios de incertidumbre y esperanza, los cuales median el proceso de reconstrucción de sus vidas, sus interacciones con el régimen de la migración forzada y sus relaciones con la sociedad receptora. Con el desplazamiento de los refugiados a través del tiempo y el espacio, de las fronteras nacionales e internacionales, el pasado y el presente, se desplazan también sus nociones del miedo, la ansiedad, la angustia y la seguridad.

Referencias

- Antze, P. & Lambek, M. (eds.) (1996). *Tense Past: Cultural Essays in Trauma and Memory*. New York: Routledge.
- Appadurai, A. (2005). *Fear of Small Numbers*. Durham: Duke University Press.
- Basso, K. (1997). *Wisdom Sits in Places. Landscape and Language Among the Western Apache*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Caldeira, T. (2000). *City of Walls. Crime, Segregation and Citizenship in Sao Paulo*. Berkeley: University of Sao Paulo.

- Casey, E. (1987). *Remembering. A Phenomenological Study*. Bloomington: Indiana University Press.
- Castillejo, A. (2000). *Poética de lo otro. Antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia; Colciencias.
- CODHES (Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento). (2003). La otra guerra: destierro y repoblamiento. CODHES *Informa*. Boletín No. 44. Bogotá, abril.
- Colorado, M. & Riaño, P. (2007). 'Refugiados en Vancouver,' En P. Riaño-Alcalá, M. Colorado, P. Díaz & A. Osorio, *Migración forzada de Colombianos, Canadá*, Medellín: Corporación Región, University of British Columbia y FLACSO, Ecuador. P. 69-94..
- Colson, E. (2003). 'Forced Migration and the Anthropological Response', *Journal of Refugee Studies* 16(1): 1-18.
- Daniel, V. y J. Knudsen (eds.) 1995. 'Introduction', in V. Daniel & J. Knudsen (eds.), *Mistrusting Refugees*, Berkeley: University of California Press, p.p. 1-12.
- Das, V. Kleinman, A. Lock, M. Ramphelle, M. & P Reynolds, (eds.) (2001). *Remaking a World. Violence, Social Suffering and Recovery*. Berkeley: University of California Press.
- Delumeau, J. (2002). Miedos de ayer y de hoy, in M. Villa (ed.), *El Miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, Medellín, Corporación Región, p.p. 9-24.
- Diario La Hora. (2002) *El miedo ronda la frontera*. Agosto 1. Quito.
- Gigliotti, S. (2003). 'Unspeakable Pasts as Limit Events: The Holocaust, Genocide, and the Stolen Generations.' *Australian Journal of Politics and History*, 49(2): 164-181
- Internal Displacement Monitoring Centre, IDMC. (2008). *Internal Displacement. Global Overview of Trends and Developments in 2007*. Geneva: Switzerland.
- James, W. (1997). 'Names of fear: memory, history and the ethnography of feeling among Uduk refugees', *Journal Royal Anthropological Institute London*, 3(1), 115-131.
- Jaramillo, A. 2007. El Desplazamiento forzado desde la experiencia de la población. Urabá, En M. Villa, A. Jaramillo & A. Sánchez, *Migración Forzada de Colombianos, Colombia*. Medellín: Corporación Región, University of British Columbia y FLACSO, Ecuador, pp. 82-112.
- Jaramillo, A. M., & Villa, M. (2007). Contextos del desplazamiento forzado interno en Colombia. En M. Villa, A. Jaramillo & A. Sánchez, *Migración Forzada de Colombianos. Colombia*. Medellín: Corporación Región, University of British Columbia y FLACSO, Ecuador, pp. 17-37
- Jaramillo, A. Villa, M. & A. Sánchez. (2004). *Miedo y Desplazamiento*. Medellín: Corporación Región.
- Koonings, K. & Kruijt, D. (1999). *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*. London: Zed Books.
- Lacroix, M. (2004). 'Canadian Refugee Policy and the Social Construction of the Refugee Claimant Subjectivity: Understanding Refugeeeness' *Journal of Refugee Studies* 17(2): 147-66.

- Lechner, N. (1999). Hay gente que muere de miedo. *Desde la Región*: p.p. 4-11.
- Lechner, N. (2002). Nuestros Miedos. En M. Villa (ed.), *El Miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, Medellín, Corporación Región: p.p. 135-158.
- Malkki, L. (1995). *Purity and Exile: Violence, Memory, and National Cosmology among Hutu Refugees in Tanzania*. Chicago: University of Chicago Press.
- Meertens, D. (2000). 'El futuro nostálgico: desplazamiento, terror y género', *Revista Colombiana de Antropología* 36: 112-135.
- Pecaut, D. (2000). The Loss of Rights, the meaning of experience, and social connection: A consideration of the internally displaced in Columbia. *International Journal of Politics, Culture, and Society* 14(1): 89-106.
- Penz, P. (2006). Displacement by Development and Moral Responsibility: A Theoretical Framework, in F. Crepeaut, D. Nakache & M. Collyer (eds.), *Forced Migration and Global Processes. A View from Forced Migration Studies*, Lexington Books, pp. 63-90.
- Riaño, P., & Díaz, P. (2007). Contextualización del refugio de colombianos en Canadá. En P. Riaño, M. Colorado, P. Díaz & A. Osorio, *Migración forzada de colombianos. Canadá*. Medellín: Corporación Región, University of British Columbia and FLACSO Ecuador, pp. 21-49.
- Riaño, P. (2006). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- _____. (2008). Seeing the Past, Visions of the Future. Memory Workshops with Internally Displaced Persons in Colombia, In P. Hamilton & L. Shopes (eds.), *Oral History and Public Memories*. Philadelphia: Temple University Press, pp. 269-292
- Riaño, P. & Goldring, L. (2006). A Colombian Diaspora? Characteristics, tensions and challenges in transnational engagements. *Capacity Building for Peace and Development. Roles of Diaspora*. Toronto, University of Peace.
- Roldán, M. (2002). *Blood and Fire. La Violencia in Antioquia, Colombia, 1946-1053*. Durham: Duke University Press.
- Sánchez, A. (2007). Medellín y el desplazamiento forzado, En M. Villa, A. Jaramillo & A. Sánchez, *Migración Forzada de Colombianos, Colombia*. Medellín: Corporación Región, University of British Columbia y FLACSO, Ecuador, pp. 41-81.
- Sánchez, A. Villa, M & A. Jaramillo. (2002). Caras y contracaras del miedo en Medellín, in M. Villa (ed.), *El Miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, Medellín: Corporación Región, pp. 223-246.
- Suárez-Orozco, M. & A. Robben, (2000). 'Interdisciplinary Perspectives on Violence and Trauma', in A. Robben & M. Suárez-Orozco (eds), *Cultures under Siege. Collective Violence and Trauma*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-42.
- United States Committee for Refugees. (2005). *World Refugee Survey 2005*. Washington: Immigration and Refugee Services of America.
- Uribe, M.T. (2006). Memory and Violence in Colombia. An Interview with Colombian Sociologist María T. Uribe. Pilar Riaño-Alcalá-Alcalá (interviewer). *Catalogue Memory, Place and Displacement. A Journey by Jesús A. Colorado*. Vancouver: The Museum of Anthropology, UBC.

- Van Hear, N. (2000). 'Locating Internally Displaced People in the Field of Forced Migration', *Journal of Geography* 54: pp. 90-95.
- Villa, M. Sánchez, L. & A. Jaramillo. (2003). *Rostros del miedo. Una investigación sobre los miedos sociales urbanos*. Medellín, Corporación Región.
- Zezeza, T. (2005). The Politics and Poetics of Exile: Edward Said in Africa, *Research in African Literatures* 36(3): 1-22.